

HOMILÍA PARA LOS QUE NO FUERON CONTADOS

Hermanos, hermanas:

La paz del Señor esté con este pueblo que sufre.

Ya votamos. Ya contamos. Ya callamos para oír.
Contaron los votos, pero no contaron el hambre.
Contaron las actas, pero no contaron las ausencias.
Siete millones de hijos e hijas de esta tierra no fueron a las urnas.
No porque no quisieran patria.
Sino porque la patria, tantas veces, les dio la espalda.

Por eso vengo a decirles, con el Evangelio en la mano:

La verdadera derrota no está en una elección.

La verdadera derrota comienza cuando matamos la esperanza en el corazón del pobre.

Ay de los que siembran racismo y lo llaman opinión.
Ay de los que llaman desinformación a la mentira que mata.
Ay de los que, desde sus escritorios, decretan que el pueblo “ya perdió”.
El Dios de la Vida no cuenta votos: cuenta lágrimas.
Y las lágrimas del sur, de las provincias olvidadas, de los que hicieron cola tres horas bajo el sol,
ya han llenado el cáliz de la justicia.

Ya votamos, hermanos. Ahora empieza la Misa.

Porque la Misa no termina cuando comulgan.

Termina cuando salen a servir.

Así tampoco terminó la democracia
cuando depositaron el papel.
Empezó.

Por eso, vigilamos.

Vigilamos como vigila el pastor
que no deja que el lobo se lleve una sola oveja.
Vigilamos al poderoso, sea quien sea,

para recordarle que el poder es servicio,
no negocio.
Si ganó uno, vigilamos que no olvide a los últimos.
Si ganó otra, vigilamos que no aplaste a los pequeños.
Porque Dios no es ni de izquierdas ni de derechas:
Dios está con las víctimas.

Me dicen: "Monseñor, hay dictadura congresal, la democracia real desapareció".
Y yo les respondo: *Ninguna dictadura es eterna cuando el pueblo recupera su alma.*
Pero para eso necesitamos serenidad y coraje.
Serenidad para no caer en la violencia que el enemigo provoca.
Coraje para hacer la evaluación profunda y la autocrítica que Dios nos pide.

Hermanos campesinos, obreros, madres de nuestro país:
Votamos con memoria y con esperanza.
Con la memoria de la sangre derramada en Juliaca.
Con la esperanza de que ningún domingo
sea otra vez un 9 de enero.

Y después de votar,
no nos fuimos a la casa a dormir.
Nos quedamos despiertos.
Porque la paz no es producto del silencio de los cementerios.
La paz es fruto de la justicia vigilante.

Señor de la historia,
te pedimos por quienes cuentan los votos,
por las autoridades electorales y de mesa.
Dales fortaleza para resistir toda presión,
honestidad para no torcer ni una cifra,
y paz para cumplir su servicio sin temblar.
Que ninguna mano, visible o escondida,
manche la voluntad que el pueblo ya expresó.

Te pedimos por los candidatos.
Si ganaron, que gobiernen como servidores.

Si perdieron, que sepan perder con dignidad.
Líbralos de la tentación de incendiar el país
para salvar un interés.
Que recuerden que el Perú es más grande
que cualquier cálculo o apellido.

Te pedimos por nosotros, tu pueblo.
No nos dejes caer en la indiferencia
ni en la violencia que solo trae más heridas.
Haznos vigilantes, pero no vengativos.
Firmes, pero no ciegos.
Dispuestos a movilizarnos por la verdad,
pero primero dispuestos a orar y a escuchar.

Que no se juegue con la esperanza de los pobres.

Que no se negocie la paz en cuartos oscuros.
Que no se repita la historia de vuelos, desapariciones
y cóndores que vuelan sobre las urnas.

Y si por vigilar nos persiguen,
alegrémonos:
Es que estamos haciendo lío,
el lío santo del Evangelio.

Que nadie se equivoque:

**No somos hijos de la resignación.
Somos hijos de la Resurrección.**

Porque hay actas en la vida, tan fuertes.
Pero también hay pueblos, tan tercos,
que resucitan al tercer día del conteo.

Porque las semillas no le tienen miedo al invierno.

Saben que bajo la tierra también se está preparando la primavera.

En el nombre del Padre,
del Pueblo,
y del Espíritu que no nos deja ser indiferentes.

Amén.

Desde la Catedral de los que aún creen, el Peru nos escucha.

Carlos Manuel Alejos Levano.

Callao 11 de junio 2026.